



El Pan Nuestro de Cada Día

Marjorie Whipple

Guillermo tenía doce años y tenía a tres hermanitos y a una hermanita. Su padre falleció cuando la nenita tenía solamente tres meses. Su madre tenía que vender su bonita casa con tal de tener dinero con qué sostener a la familia que ahora estaba viviendo en una pequeña choza. Pero como toda buena madre, ella quería mucho a sus hijos y estaba con el firme propósito de tenerlos unidos aunque a veces le parecía casi imposible.

Ya que Guillermo era el hijo mayor, un día su madre le llamó aparte y le contó de lo difícil de tener dinero suficiente para comprar la ropa y la comida para los hijos. Esto causó mucha pena a Guillermo y cuando su madre le preguntó si él estaba de acuerdo en internar a los dos hijos más pequeños en una orfandad con tal de que ella consiguiese un empleo, Guillermo lloró y le prometió que él buscaría un trabajo con tal de que no tuviera que hacer eso.

Durante todo el día siguiente en la escuela él estaba haciendo sus planes. Por fin pensó en Ernesto Morales quien había sido un buen amigo de su padre; tal vez tendría un trabajo para Guillermo. Ernesto tenía una finca a la orilla del pueblo y siempre necesitaba quienes le ayudara.

Tan pronto finalizaron las clases aquel día, Guillermo visitó a don Ernesto y le preguntó si en algo le podría servir. El hombre bondadoso se quedó pensando un

momento y después contestó: “Cómo no, mi Hijo, estoy seguro de poder hallarte algo que hacer”.

En cuanto no más terminaron las clases, Guillermo comenzó su nuevo trabajo y trabajó con don Ernesto todas sus vacaciones; así la familia tuvo un tiempo feliz durante unos meses.

Las vacaciones pasaron luego y llegó el momento cuando Guillermo tuvo que abandonar su trabajo para asistir de nuevo a clases. Su mamá había gastado cuidadosamente sus centavos y además había hecho unos ahorros. Sin embargo, con el alto costo de la vida, sus ahorros pronto se acabaron.

Otra vez tuvo que esforzarse para lograr comida para la familia y muchas veces ella misma no comía con tal de que comiesen los niños. Aún así la comida no alcanzaba y Guillermo a veces aguantaba hambre.

Una mañana cuando Guillermo llegó al desayuno, su madre le contó que no había en la casa nada para la cena.

Antes de que Guillermo saliera para la escuela, se arrodilló al lado de su cama y alzando sus ojos oró: “Padre nuestro que estás en los cielos . . . el pan nuestro de cada día dánoslo hoy . . . Amén”.

Su corazón se sintió más alegre. Él había orado aquella oración muchas veces – casi cada semana en la escuela dominical, pero nunca había entendido exactamente lo que quiso decir.

A la hora del recreo aquel día, Guillermo no tenía ganas de jugar con los demás niños. Tuvo mucho en que pensar. Se quedó sentado sobre un trozo grande en el campo de juego y pensaba. Una lágrima cayó de su rostro de vez en cuando al acordarse de lo que su madre le había contado.

De repente oyó una voz y volteándose, se dio cuenta de que su profesora, Señorita Margarita, le estaba mirando.

“Guillermo, ¿por qué estás llorando?” le preguntó bondadosamente.

“Yo no quise que nadie me viera llorar pero no lo pude evitar”. Entonces le contó lo que sucedía.

Luego se terminó el recreo y la maestra tocó la campana. Solamente había dicho a Guillermo al despedirse de él: “Lo siento mucho, Guillermo. No es fácil que un muchacho pequeño como tú tenga que llevar tan pesadas cargas”.

Por la tarde antes de tocar la campana de salida, la profesora Margarita anunció que quería hablar con Guillermo antes de irse a su casa. Guillermo pensó que tal vez había hecho muchas equivocaciones en el deber de matemáticas, porque su profesora muchas veces detenía alumnos por la tarde para ayudarles con sus lecciones.

Pero Guillermo se equivocó. Al acercarse a su profesora, ella metió un billete de cinco dólares en su mano.

“O, muchas gracias, Señorita Margarita”, dijo el jovencito con ojos llenos de alegría. “Yo oré esta mañana pidiendo el pan de cada día y supe que Jesús me había oído”.

De allí en adelante Guillermo sabía que hacer cuando su familia tenía necesidad. Pronto su madre encontró señoras que necesitaban quien lavara la ropa y otros trabajos, y poco a poco las cosas de la casa mejoraron. De esta cuenta Hermanito y Hermanita no tuvieron que internarse en la orfandad.

Traducido de *The Shining Light*